

RAIMUNDO VIEJO VIÑAS

Nos guste o no, la violencia es un hecho consustancial a la política. Podemos ser partidarios de ella u oponernos a que sea una herramienta política, pero no podemos erradicarla. Dado que todo orden conocido se sostiene sobre un monopolio de la violencia, quienes desean transformar el mundo han de enfrentarse antes que después al problema que plantea. El movimiento estudiantil no es una excepción. Sus éxitos o fracasos a menudo dependen de su capacidad para comprender esta cuestión.

Movimiento estudiantil y violencia política

I. VIOLENCIA

Desde los orígenes de la teoría política moderna, los más diversos autores han lidiado con un hecho particularmente incómodo: la violencia es constitutiva de lo político. El motivo fundamental para ello radica en que el deseo es el auténtico motor de la existencia humana y el deseo rara vez se atiene a respetar las fronteras de los demás. La violencia nace, pues, en la propia interacción humana cuando la satisfacción de los deseos de uno/s coarta la libre voluntad de otro/s. No se ha de confundir, por tanto, la violencia con la agresividad, que es la tendencia impulsiva a actuar de manera violenta.

De igual modo no se ha de confundir violencia con agresión física, que es únicamente la forma más rudimentaria de violencia. De hecho, existen distintos tipos de violencia que podemos distinguir en función de diferentes criterios como el contacto (violencia física o psicológica), la reproductibilidad (violencia estructural o accidental), la escala (violencia de masas o individual), la agencia (violencia directa o indirecta), etc.

La violencia, en cualquier caso, varía de una sociedad a otra; es un producto fundamentalmente cultural. Y aunque la violencia pueda variar de acuerdo con su signi-

ficado cultural (existen sociedades que admiten niveles de violencia muy superiores a otras), una y otra vez se verifica la inevitabilidad de la violencia en la constitución de todo orden político. De ahí que quienes desean modificar la sociedad allí donde se carecen de cauces institucionales para hacer efectiva su voluntad legítima han de hacer frente al problema de la violencia.

II. PLAN BOLONIA

La llegada al poder de Reagan y Thatcher supuso para el conjunto del planeta la puesta en marcha del proyecto neoliberal global. El progreso de una acumulación cada vez mayor de recursos en menos manos también alcanzaría a las universidades, piezas fundamentales en la modernización de las economías postfordistas. Con el tránsito al capitalismo cognitivo, las políticas neoliberales también se han de reestructurar de acuerdo a los cambios que se están operando en las denominadas sociedades de la información.

La capacitación intelectual de la fuerza de trabajo es hoy mayor que nunca y ello genera una frustración de expectativas en los hijos de los asalariados que han podido acceder a la universidad, pero no pueden ejercer las

profesiones para las que fueron formados. Para muchos la universidad se ha convertido en una gran estafa. En un mundo globalizado, sin embargo, las políticas neoliberales no son capaces de ofrecer alternativas a quienes ven como año tras año se precariza su situación laboral y se les exige en cambio mayores esfuerzos inversores en la propia formación (idiomas, másters etc). Ante esta situación, la respuesta neoliberal es clara: mercados más amplios.

La creación de un mercado único de la enseñanza superior en Europa pasa en el momento actual por una reforma universitaria que haga posible la subordinación progresiva de la institución universitaria a los intereses privados. En rigor, no es exacto decir que el Plan Bolonia "privatice" la universidad. Lo que sí hace es allanar el camino para que esto suceda por medio de la creación de las condiciones institucionales necesarias.

Al igual que en su momento la abolición de las barre-

mocracia (LAU y LRU).

Con el inicio de nuevos ciclos de movilización (las movilizaciones actuales son el último de ellos) se han puesto igualmente en cuestión los repertorios tradicionales del movimiento, esto es, el conjunto de prácticas mediante los que se articula la acción colectiva. Al igual que sucede en todos los procesos de movilización social, el estudiantado ha de hacer frente a los nuevos contextos con unas prácticas que ha heredado de anteriores ciclos. La sociedad cambia y la política del movimiento también. Si se quiere hacer frente al desafío que representa el Plan Bolonia ha de saber readaptar sus repertorios a las exigencias políticas del mundo de hoy.

Como saben politólogos y diseñadores de políticas públicas, el éxito de los activistas en hacer valer sus intereses comienza por estar presentes en la agenda política. Para ello es preciso visibilizar la novedad de la situación

ras internas a los Estados nacionales supuso la adopción del sistema métrico-decimal, la liquidación de la autonomía de las instituciones tradicionales, etc., hoy el Plan Bolonia introduce el sistema de créditos ECTS, la estructura grado/postgrado/magíster, las acreditaciones, la pérdida de autonomía bajo el control de consejos sociales en manos del mundo empresarial, así como la puesta en marcha de otros dispositivos de uniformización, homologación y control social. Después de todo, el mercado no es un fenómeno natural que surge de la nada. La creación de un espacio de intercambio reglamentado es, en definitiva, un prerequisite para su puesta en marcha.

III. RESPUESTA ESTUDIANTIL

Para el movimiento estudiantil, el Plan Bolonia es tan sólo un paso más en una ya larga trayectoria de reforma desarrollada en etapas precedentes como el Informe Bricall o la LOU. Estos momentos supusieron la reactivación de las movilizaciones estudiantiles y, en menor medida, de otros sectores de la comunidad universitaria (investigadores y profesorado precario, personal administrativo, etc.). Las movilizaciones contra la LOU fueron las más importantes desde la transición de la universidad a la de-

y los riesgos que comporta o derechos que conculca la nueva política pública. El recurso a las viejas tácticas, aun cuando puede resultar de cierta utilidad inicial, se demuestra inoperativo en el medio término.

Así, por ejemplo, recurrir a la clásica manifestación estudiantil puede servir para hacer notar a la opinión pública el descontento universitario (especialmente si la manifestación es un éxito inesperado). Sin embargo, de no introducirse innovaciones en el repertorio a medio plazo las manifestaciones comenzarán a ser consideradas exclusivamente de manera cuantitativa. Si los repertorios no cambian, el esfuerzo movilizador pronto se demostrará excesivo para los activistas del movimiento. Es en este contexto donde se plantea hoy la cuestión de la violencia en el movimiento estudiantil.

IV. ¿VIOLENCIA O DISRUPCIÓN?

El examen científico de los ciclos de movilización ha demostrado que éstos siguen ciertas pautas por lo que hace a las tácticas y repertorios. En los momentos iniciales en que se ha de llamar la atención sobre un problema público, el éxito movilizador depende de la capacidad de los activistas para organizar acciones que interrumpan el

RAIMUNDO VIEJO VIÑAS

funcionamiento normal de las instituciones. Es lo que se conoce como táctica disruptiva.

La irrupción inesperada en el espacio público genera sorpresa a la par que no tiene porque suponer altos niveles de violencia en la respuesta de las autoridades. Ello hace que los activistas se puedan ganar la simpatía inicial de la opinión pública; especialmente si su discurso y prácticas son novedosos para la opinión pública.

Sin embargo, pasada esta primera fase de movilización y logrado un cierto respaldo social, los activistas se enfrentan al reto de renovarse o sucumbir. Ninguna práctica de éxito se sostiene a medio plazo. La reiteración hace que los medios de comunicación pierdan interés y que el hastío cunda entre quienes apoyan las reivindicaciones. Asimismo, la pérdida de apoyo facilita la represión policial.

V. MINIMALISTAS Y MAXIMALISTAS

Así las cosas, la violencia suele hacer su aparición en escena. Cuando un proceso de movilización ha alcanzado su punto álgido y los activistas evalúan los resultados obtenidos, suelen producirse dos tipos de reacciones complementarias e igualmente dañinas para el progreso del movimiento, a saber: (1) la “minimalista”, que entiende que para poder mantener la movilización es necesario demostrar que ésta ha servido para alcanzar logros puntuales (casi siempre coincidentes con los logros de quienes negocian); y (2) la “maximalista”, que considera que la continuidad del ciclo depende de una demostración de fuerza ante las autoridades, a fin de no perder el “control” del movimiento (en rigor, de los espacios de los activistas). En el último curso, AEP (minimalistas) y SEPC (maximalistas) nos han facilitado buenos ejemplos empíricos de todo esto.

Por medio del recurso a la violencia, los maximalistas desafían a los minimalistas a demostrar la fidelidad a la causa. En contextos en que la movilización ya está en marcha, el uso de la violencia se hace puramente representativo del conflicto interno entre activistas, sin que su capacidad simbólica tenga efecto sobre la movilización. Allí donde la violencia era simbólica (en las acciones disruptivas) y exógena (destinada a la opinión pública) ahora se convierte en una violencia disciplinaria (orientada a generar la escisión identitaria y dicotómica entre reformistas y revolucionarios, amigos y enemigos, puros e impuros) y endógena (destinada a forzar el posicionamiento de los participantes en el movimiento).

Se trata de un esfuerzo inútil que sólo les sirve para separarse del resto de participantes en la acción colectiva, quienes, al no entender una radicalidad dirigida hacia el control del movimiento, prefieren por lo general refugiarse en el aula. El comportamiento de los maximalistas, por demás, no es sorprendente, sino endógeno a ideologías

como el leninismo. Su deseo de control, expresado por lo general en una voluntad organizativa acorde a modelos excesivamente autoritarios para la cultura política del movimiento, provoca el rechazo inmediato y fuga consiguiente de la multitud.

VI. GESTIONAR LA VIOLENCIA

Pero, ¿resulta entonces posible salir de la dinámica y sostener el movimiento en el medio plazo? La respuesta es afirmativa, aunque de resolución compleja. A grandes trazos las soluciones pasan, en primer lugar, por saber gestionar la violencia no sólo hacia fuera del movimiento (hacia las fuerzas de seguridad, autoridades, etc.), sino también hacia el interior (algo mucho menos frecuente a juzgar por los niveles de sexismo, agresividad y otras formas de violencia visibles en los espacios de movimiento).

En segundo lugar, se ha de contrarrestar la violencia con su único antídoto: el humor. A diferencia de lo que se suele pensar, lo contrario de la violencia no es la paz sino el humor. Los activistas proclives a perder el control de la violencia disponen personalidades proclives al drama, no a la ironía. Para gestionar la violencia hace falta leer mucho menos ¿Qué hacer? y ver mucho más a los Monty Python.

Por último, se impone abandonar la lógica del “victoria o muerte”. Afrontar de manera inteligente las movilizaciones requiere saber que tienen principio y fin, así como distinguir cuándo las administraciones públicas ceden y cuándo no. No hay que venderse a cualquier precio, pero tampoco hay que inmolarsse por la causa; mejor conservar una sonrisa.

El Dr. Viejo Viñas es profesor de Teoría Política en la Universidad Pompeu Fabra

